PEDRO GARFIAS

Poemas

Voz del autor

Rector

Juan Ramón de la Fuente

Coordinador de Difusión Cultural

Ignacio Solares

Directora de Literatura

Malena Mijares

Jefe del Departamento de Voz Viva

Mauricio Molina

VOZ VIVA
DE MÉXICO

VV-38

DR © 2003, Universidad Nacional
Autónoma de México, Ciudad
Universitaria, 04510, México, D.F.

PEDRO GARFIAS

Poemas

Selección del autor

Presentación de
Luis Rius

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Pedro Garfias (Salamanca, 1901 - Monterrey, 1967).
Es una de las figuras clave de los poetas del exilio español.
En 1926 dio a la imprenta su primer libro de poesía, *Ala del sur*.
Fue Militante del Partido Comunista de España, participó en la Guerra Civil Española como comandante del batallón republicano Villafranca. En 1939 llegó a México, país que recorrió ofreciendo recitales de poesía y en el cual escribió la mayor parte de su obra.

Contenido

Presentación 9
Luis Rius

Acordes [2’06”] 22
Hablo con usted Míster Chamberlain [2’18”] 24
Capitán Ximeno [2’16”] 27

De *Primavera en Eaton Hastings*

I [1’59”] 32
III [0’54”] 34
V [1’11”] 35

De *Llanto sobre una isla*

I [2’32”] 40
XII [0’51”] 42

XIII [0’50”] 43
XIV [0’33”] 44

De *Noche de estrellas*

I [2’26”] 48
XVII [1’09”] 50
XX [1’36”] 51
Por el aroma roto de un recuerdo [1’46”] 53
Coplillas a un poeta muerto [1’23”] 55
Versos al mar de Veracruz [2’46”] 56
Cuando me tiro de noche... [0’55”] 60
Árbol [1’28”] 61
Si hemos nacido juntos... [0’35”] 63
Él iba solo... [0’19”] 64
Como andaba a su manera... [0’17”] 65
Soneto a mi padre [0’58”] 65

De *A mi padre*

I [0’41”] 70

II [0’59”] 71

Su muerte y él [2’26”] 72

Llora la hembra... [0’22”] 75

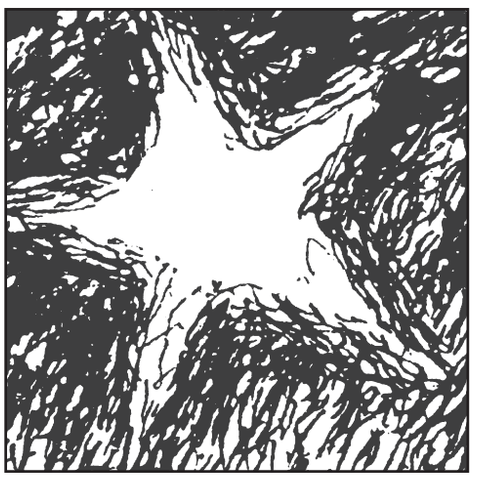
Dulce María, dime... [0’20”] 75

El ahorcado y el crucificado... [0’19”] 76

Una vez que soñó... [0’21”] 76

Lleva la cruz al hombro... [0’55”] 77

TIEMPO TOTAL [37’31”]



Luis Rius (La Mancha, 1930 - Ciudad de México, 1984).
Llegó a México en 1939. Doctor en Letras Hispánicas por la UNAM.
Impartió clases de literatura por radio y televisión y fundó las revistas
Clavileño y *Segrel*. Entre sus libros destacan *Canciones de vela,*
Canciones

Presentación

Luis Rius

Hay tres etapas en la obra poética de Pedro Garfias: la esteticista, la comprometida y la intimista; corresponden a ellas, no exclusiva, sí predominantemente, tres cauces expresivos: el vanguardista, el popular-tradicional y el (¿cómo llamarlo?) indiferente o vario; fechas y títulos respectivos: hasta 1923, *El ala del sur*; de 1936 a 1939, *Poesía de la guerra* y *Héroes del sur* (reunidos ambos en una reimpresión hecha ya en México en 1941 bajo el título *Poesías de la guerra española*); de 1939 a 1967, *Primavera en Eaton Hastings*, *De Soledad y otros pesares*, *Viejos y nuevos poemas* y *Río de aguas amargas*.

Claro que lo anterior no es más que un esquema, una excesiva simplificación de la variedad tonal y temática de la obra poética de Garfias, al que habría que colmar de salvedades y excepciones. Pero si he querido iniciar con tal esquema este artículo es porque Garfias no ha sido aún estudiado, ni bien ni mal, por los historiadores de la litera-

tura española contemporánea, y creo útil dar esa primera pista ordenadora de su obra.

Pedro Garfias fue uno de los integrantes más destacados del grupo *ultraísta*, que revolucionó la vida literaria española de 1918 a 1922 poco más o menos. De aquella época nos deja ver qué escasamente *ultraísta* fue en el fondo el poeta salmantino-andaluz, no obstante haber participado con tanto fervor en actos, manifiestos y una que otra extravagancia que aquel movimiento de jóvenes llevó a cabo. Pese a los magníficos "éxitos de incomprensión" que obtuvo, las audacias metafóricas de Garfias no alcanzaban a las que buscaban y a veces lograban sus compañeros: Gerardo Diego, Jorge Luis Borges, Guillermo de Torre, entre ellos; la influencia de la greguería ramoniana, aunque también se dio en él, no fue profunda, como tampoco el influjo de Huidobro. Por otra parte, la subjetividad afloraba de manera vibrante a su palabra poética desde esos primeros poemas, por más que él pretendiese lo contrario y, frecuentemente, de añadidura, ordenándosele en formas tradicionales, ya fuese al estilo de canción o de copla andaluza como en el caso de este poemita:

Pon en mi frente tu mano
y halágame esta aspereza
de sueño desmelenado,

o de este otro, de espíritu becqueriano:

De mi balcón flotante
fui colgando tus besos

Y ahora todas las noches
repican con el viento.

Con todo, al *Ultraísmo* más que a ninguna otra tendencia se afiliaba aquella poesía suya de mocedad que tanto prestigio le dio, lo mismo entre sus compañeros (Garfias fue el director de la última revista ultraísta importante: *Horizonte*), que entre las grandes figuras ya consagradas: "[...] entre los poetas jóvenes hay muchos portentosamente dotados: Guillén, Salinas, Lorca, Diego, Alonso, Chabás,

Alberti, Garfias" —escribía en un artículo publicado el año 1929 Antonio Machado.

Y en aquel preciso momento de triunfo que le significó la publicación de su primer libro, Pedro Garfias dejó de escribir. Su decisión de no hacerlo más la consideró él mismo definitiva. Su desconexión de sus antiguos compañeros y demás hombres de letras fue total. Aquel silencio suyo no fue nada breve; duró más de diez años. Y fue una circunstancia histórica especialmente dolorosa, brutal: la Guerra Civil Española, la que vino a sacarlo de él.

Entonces Pedro Garfias sintió despertársele por dentro una potente incitación que espoleó sus nervios, sus músculos, su inteligencia. Violentamente sumergido en la acción, defendiendo la causa del pueblo, anduvo en las trincheras, fue soldado y comisario, luchó de principio a fin hasta que la derrota lo arrastró en su éxodo detrás de los Pirineos, hambriento y desolado.

Y aquel estallido cainita de 1936 no sólo a la acción guerrera, sino nuevamente a la creación poética impulsó a Garfias. Su sensibilidad en extrema tensión volvió a tener la necesidad del canto. Y éste, nacido ahora de una experiencia inmediata tan sobrecogedora, fue ya muy distinto del

que contenía *El ala del sur*. El cristal de la literatura estalló en mil pedazos al impacto del hierro de la guerra; la palabra escueta, dura, desnuda, urgente acalló el sonido frágil de la greguería. Poesía fue entonces la de Pedro Garfias más que comprometida; poesía militante, arma de guerra ella también; voz de mando, arenga, informe de campaña, historia: todo ello fue el material que Garfias convirtió en poesía entre el fuego cruzado de las trincheras, en ratos robados al sueño, cumplida su extenuante jornada de comisario.

Soldado y poeta durante tres años Pedro Garfias; otros muchos lo fueron también: en el siglo XVI Ercilla y Garcilaso y Francisco de Aldana, Lope en el XVII, en el XIX Quintana. Pero el antecedente más legítimo de *Poesías de la guerra* y de *Héroes del sur* no está en la obra de ningún poeta culto, sino en la del pueblo español de fines de la Edad Media, en el *Romancero*, y particularmente en los llamados romances fronterizos. Como aquéllos, muchos de los romances de estos dos libros cantan al tiempo que informan sobre algún acontecimiento de la guerra civil: la conquista o la pérdida de una ciudad, el movimiento de un cuerpo de ejército, la muerte de un jefe, y su acento es, como el de los viejos versos

populares, épico y lírico a un tiempo, materia objetiva, histórica y expresión altamente afectiva de ella.

El prestigio que como poeta había logrado en sus comienzos *ultraístas* hacía muchos años, aumentó considerablemente merced a estos nuevos poemas, y a él vino a sumarse una popularidad que su nombre no había conocido antes. Por sus *Poesías de la guerra* le fue concedido a Garfias el Premio Nacional de Literatura en 1938; el jurado lo formaban Antonio Machado, Enrique Diez-Canedo y Tomás Navarro Tomás.

Es de sus libros del destierro de donde surge la nueva imagen del poeta, solitario y siempre deambulando a la deriva, por el campo en *Primavera en Eaton Hastings*, por las calles citadinas en *Río de aguas amargas*. Su anterior poesía no nos reflejaba esa imagen de Pedro Garfias; el poeta se hallaba con los pies firmemente asentados en el suelo para cantar el mundo de su adolescencia en torno suyo, fijándose en él más que en sí mismo, en *El ala del sur*, o bien, en *Poesías de la guerra española*, para cantar el bárbaro desgarramiento que esa realidad circundante y amada padecía. Lo que se movía de continuo ante sus ojos y necesitaba ser apresado en el verso para comprenderlo y salvarlo era lo de

afuera. Con el destierro se produce el cambio radical en la percepción del poeta: lo asentado, lo inmutable es el mundo en torno, y él la presa desasosegada que deambula sin cesar, huyendo, buscando, temiendo, esperando. El poeta, el hombre, ha perdido su rumbo y a él es a quien su verso busca para fijarlo, para descubrirlo. Hay un párrafo de Américo Castro referente a Unamuno que podría aplicársele perfectamente a la vida y a la obra de Garfias a partir de 1939: "Lo fecundo en él era su maravillosa desesperación. No sin misterio los angloparlantes nos han tomado el vocablo desesperado (aunque a bajo nivel), lo mismo que grandioso. Los españoles han creado más partiendo de la desesperación que del *problematismo*."

Llorar, dormir, soñar, morir, son las cuatro palabras clave de la poesía de madurez de Pedro Garfias.

El 9 de agosto de 1967, Pedro Garfias murió. Tenía 66 años de edad y 28 de ir llevando su soledad, su pobreza por las calles de la capital de la República y de las ciudades mexicanas que más amaba, y donde mucha noble gente le admiró, le quiso y le dio amparo: Guadalajara, Monterrey, Guanajuato, Puebla... Bajo la tierra de una de ellas yace ahora su cuerpo,

que tan fatigosamente le pesaba al poeta; un cuerpo lleno de dolores, maltrecho, al cual aludía con frecuencia en sus poemas. Pedro Garfias parecía viejo, enormemente viejo, desde hacía muchos años, con su melena gris que se volvió del todo blanca en los últimos meses, y su andar torpe, casi arrastrando los pies. Pero dentro de ese cuerpo ruinoso, esta voz testimonial purísima:

> Como andaba a su manera,
> tropezaba;
> se caía; rehacía
> su cuerpo y lo levantaba.
> Perdón pedía a la piedra,
> y a todas partes llegaba.

Errando siempre, como huyendo de sí mismo o, al revés, buscándose, escudriñando y al mismo tiempo rechazando sus recuerdos, buscando con quién hablar, hablando solo, pensando sus versos, componiéndolos de memoria, trabajándolos en ella una y otra vez sin tener qué comer durante

días enteros, bebiendo, "peleándole" —como a él le gustaba decir— a la vida, a la noche, aquel vagar callejero de Pedro Garfias, incesante, tremendo, fue su sola compañía verdadera, y a lo largo de él fue haciendo y publicando —esto último de cualquier modo— su obra extraordinaria. Le gustaba decir sus poemas a la gente. Otaola describe bien cómo lo hacía: "Pedro Garfias va a recitar y eso sí que es un espectáculo. Siempre, en el arranque, titubea un poco, mueve mucho la cabeza y las manos para atrapar definitivamente el poema. Su temperamento no le deja en paz los nervios. Produce la impresión de que lo va a reconstruir con mucho esfuerzo, sobre la marcha. Pero no. El poema sale entero, caliente y estremecido. Viene en carne viva del fondo de la sangre, con dolor, con terrible jadeo, con atroz crispadura de los músculos. Es como si a una madre le obligasen a parir el mismo hijo todos los días."

Lloró mucho Pedro Garfias. *Río de aguas amargas* se llamó su último libro, y un río de aguas amargas fue, en verdad, su vivir. El llanto le proporcionó a veces consuelo, pero al acumulársele, al no cesar nunca, le fue dando sobre todo una larga fatiga, y entonces soñaba plácidamente con la muerte. Morir era fácil en el sueño de Pedro Garfias, que sentía

extrañamente, sin embargo, que no acababa nunca de morir. La muerte tardaba en llegar, ¿por qué?, si hubiera sido tan sencillo morir hace mucho tiempo, antes de haber acumulado tanto llanto, tantos sufrimientos, antes de haber nacido; no era casi nada morir:

Alguna pena nueva
que se junte a las viejas
ya acomodadas y las desordene.
Otra sombra en la frente.
Un resbalo en la noche.
Cualquier tropiezo de la sangre torpe.
La madrugada a modo.
Un poco más de frío..., y eso es todo.

¿Quién fue Pedro Garfias? ¿Cómo era Pedro Garfias? ¿Qué buscaba, qué deseaba, qué esperaba? ¿Qué pensamientos le laceraban, qué recuerdos retornaban más tenazmente a su cabeza? ¿Quién era aquel hombre viejo, corpulento, encorvado, torpe de pies, con una melena gris, musitando

cosas en la noche, que se perdió allá a lo lejos, por aquella calle deshabitada? ¿Iba a alguna parte? ¿Buscaba a alguien?

Él iba solo,
tambaleándose.
Borracho de amor,
borracho de hambre,
borracho de alcohol,
quién sabe.

Él iba solo,
tambaleándose.

Poemas

Acordes

Pon en mi frente tu mano
y halágame esta aspereza
de sueño desmelenado.

De mi balcón flotante
fui colgando tus besos
y ahora todas las noches
repican con el viento.

Bajo sus pies florecía
la mañana,
y su cabello traía
la luna clara,
la clara luna
intacta.

Mis manos,
mis manos fatigadas
de hurgar en la maraña de los días;
entre mis manos canta
el cascabel de la hora fugitiva.

Van quedándose atrás mis pasos pensativos
y en la mañana tierna, cada hora que pasa
me deja su rama de olivo.

Entre el cortejo de tus risas
pasa mi voz enlutada.
Ni una hoguera en la noche
para mis pobres sueños ateridos;
mi corazón iba de pecho en pecho,
pájaro perdido.

Era tan blanca
que en la sombra ardía como una antorcha;
su pureza segaba las espigas de los ojos
y enmudecía las estrellas.

Hablo con usted Míster Chamberlain

Cuando hayáis descansado, míster, de vuestro vuelos;
cuando hayáis descansado, digo, y saboreado
las mieles derretidas de los vítores
yo, poeta español, tengo a honor invitaros
a visitar España.
Esta España que ayer organizaba
su vida oscuramente
en un silencio humilde y laborioso,
bajo un sol complaciente, halago de turistas
(¡cuántos ingleses, cuántos he visto en primavera

desperezar su niebla bajo el cielo de España...!)
y ahora sacude al viento sus raíces
empapadas de llanto,
barro español y sangre de españoles.

Príncipe de la paz: las multitudes
y las campanas gritan vuestro éxito.
Vuestro fin de semana merece mil respetos.
Y hay en vuestras palabras tonos de voz humanos
que enternecen los pechos.
Yo me imagino a vuestros niños, rubios,
con los ojos azules,
echando a vuestro cuello sus brazos delicados...

Pero hay niños morenos,
morenos y famélicos,
con ojos como lumbres
mirando a un cielo bronco de metralla.

Y no hay paz en el mundo, Príncipe de la paz,
¡porque hay guerra en España!

Ría Inglaterra y ría con risa que recorra
punta a punta la tierra
(¿Checoslovaquia cuenta?)
y los cielos ingleses crucen palomas blancas
que la hoguera española va devorando piel,
carne y hueso de España.

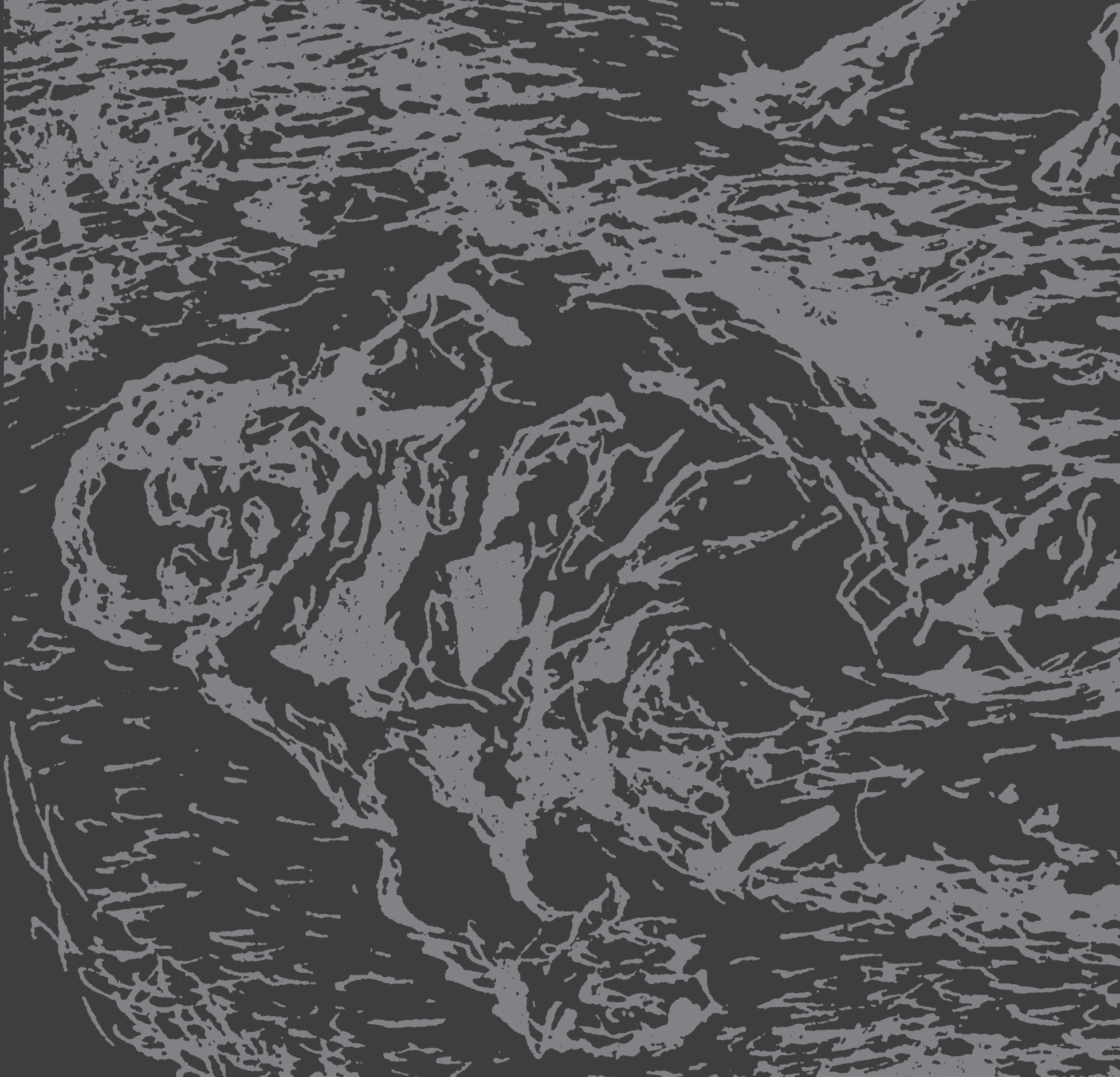
...Y perdonadme pero los poetas
hablamos libremente a dioses y a premiers.

Capitán Ximeno

Mirada azul de Ximeno
en cara de niño bueno.
Mirada de azul cuajado,
de azul acero templado,
tan inocente
bajo la paz de la frente.
Dicen, Ximeno, que fuiste
bandolero y que supiste
de la fuga por los montes
hacia aquellos horizontes
donde nadie sabe dónde
un tibio rincón se esconde
para el hombre como el ave
sediento de libertad.
Y quién sabe
si fue mentira o verdad.

Yo te he visto, Capitán,
en el frente cordobés:
Capitán
del Batallón de Garcés.
Valiente, serio, callado,
gran soldado
sobre tu caballo alzado,
qué buena estampa tenías,
tu mirada, como el cielo,
desperezando su vuelo
sobre lentas lejanías.
Y ahora irás por las veredas
y entre breñas y jarales
—no por blandas alamedas
ni por caminos reales—
a la muerte. Buen viaje.
Tu pistola sin reposo
y tu caballo nervioso

serán tu solo equipaje.
Y tu silencio y tu afán
desolados...
Capitán
de bandidos y soldados.
¡Y a mí qué!
si yo siempre te veré
con la muerte terca enfrente
y tu mirada inocente
mirándola fijamente.
¡Ay, Ximeno, Capitán
del Batallón de Garcés,
Capitán
de la cabeza a los pies!



Primavera en Eaton Hastings

I

Porque te siento lejos y tu ausencia
habita mis desiertas soledades
qué profunda esta tarde derramada
sobre los verdes campos inmortales.

Ya el Invierno dejó su piel antigua
en las ramas recientes de los árboles
y avanza a saltos cortos por el prado
la Primavera de delgado talle.

Por el silencio de pendiente lenta
rueda la brisa en tácito oleaje
y apunta la violeta su murmullo
al pie del roble y de la encina grave.

En las aguas inmóviles del lago
anclan nubes y luces vesperales
y tiende el bosque sus flexibles redes
al vuelo prodigioso de tu imagen.

El sol azul con cuidadosas manos
rayos y brumas teje en noble arte
hasta dejar de tu color, amada,
la piel inmaculada de la tarde.

Te miro recostada sobre el césped
agua verde y verdor claro tu carne
tu rumoroso pelo embravecido
y el bosque de tu risa palpitante.

Alrededor de tus tobillos breves
ciñe la luz minúsculos collares
y abrazan a tus brazos poderosos
los tallos y las ramas verdeantes.

Pulsan las finas cuerdas del silencio
tus voces y los pájaros locuaces;
el cielo en plenitud abre sus venas
de calurosa y colorada sangre

¡y alza mi corazón su pesadumbre
como un nido de sombras un gigante!

III

Pasear contigo en soledad perfecta
fondo azul de colinas y a los lados
árboles comprensivos y vigilantes
el doble paso caprichoso y lento.

Pasear contigo en soledad callada
al través de un silencio transparente

la frente levantada al sol que sube
orgulloso del brío de su vuelo.

Pasear contigo por la superficie
de redondez suave de la tierra
con lentitud perseverante y noble...
contigo y tu recuerdo y tu esperanza.

V

Yo te puedo poblar, soledad mía,
igual que puedo hacer rocas y árboles
de estas oscuras gentes que me cercan.
¿Cómo, si no, llevar sobre los hombros
la ausencia? El ágil viento me conoce
y ayuda en mi trabajo: cada día
cuelgo del monte nuestro cielo limpio,

planto en el lago nuestra rubia era
y el ancho río de corriente pródiga
vacío lentamente...
Allí donde los pinos y los álamos,
donde la encina sólida y el roble
el claro olivo de verdor de plata.

Y sobre el culto césped
el triunfo de la espiga.
El sol muy en lo alto, fatigando
el aire con sus alas,
en el cenit su vuelo detenido.

Cómo su gracia y limpidez los ojos
me abrasan con su luz... No lo soñara
la torpe mano que me arrebatara
mi blanca Andalucía.

Llanto sobre una isla

I

Ahora
Ahora sí que voy a llorar sobre esta gran roca sentado
la cabeza en la bruma y los pies en el agua
y el cigarrillo apagado entre los dedos...

Ahora
Ahora sí que voy a vaciaros ojos míos, corazón mío,
abrir vuestras espitas lentas y vaciaros
sin peligro de inundaciones.
Ahora voy a llorar por vosotros los secos
los que exprimís vuestra congoja como una virgen sus pechos
y por vosotros los extintos
que ya exhaláis vapor de hieles.

Ahora voy a llorar por los que han muerto sin saber por qué
cuyos porqués resuenan todavía

en la tirante bóveda impasible...
Y también por vosotras, lívidas, turbias, desinfladas madres,
vientres de larga voz que araña los caminos.
Un llanto espeso por los pueblecitos
que ayer triscaban a un sol cándido y jovial
y hoy mugen a las sombras tras las empalizadas.

Y por las multitudes
que pasan sus vigilias escarbando la tierra...
Un llanto viudo por los transeúntes
tan serios en el ataúd de su levita.

Ahora
ahora voy a llorar mis llantos olvidados
mis llantos retenidos en su fuente
como pájaros presos en la liga.
Los llantos subterráneos
los que minan el mundo y lo socavan

los que buscan la flor de la corteza
y el cauce de la luz, los llantos mínimos
y los llantos caudales acudan a mis ojos
y fluyan en corrientes sosegadas
a incorporarse al llanto universal.

Sobre esta roca verdinegra
agua y agua a mi alrededor
ahora sí que voy a llorar a gusto.

XII

Si me pusiese en pie, con todo mi dolor,
por cima de estas frescas lomas primaverales
que surcan en arroyos las aguas y los pinos
podría hablar contigo. Destino que me acechas.
Te presiento en lo hondo de este largo camino

que junta sus orillas allí donde mis ojos
no llegan con su vuelo: te adivino paciente
como el suelo que piso. No me engaña esta flor
de la voz diminuta ni me enreda en sus giros
este pájaro hueco. A través de la tarde
voy a ti todo recto como el día a la noche.

XIII

La Tierra dando vueltas va alejándose
con la soga del Tiempo a la cintura.
Fuera del tiempo y el espacio estoy
con mi vida enlazada por sus puntas.

Las noches se prolongan en oscuras
estancias sin descanso
mientras pastan los días
yerba doraba al rubio sol del prado.

Yo recorro mi vida como un perro
andando y desandando mi camino.
Me es grato olfatear el aire nuevo
allí donde aún respira el aire antiguo;

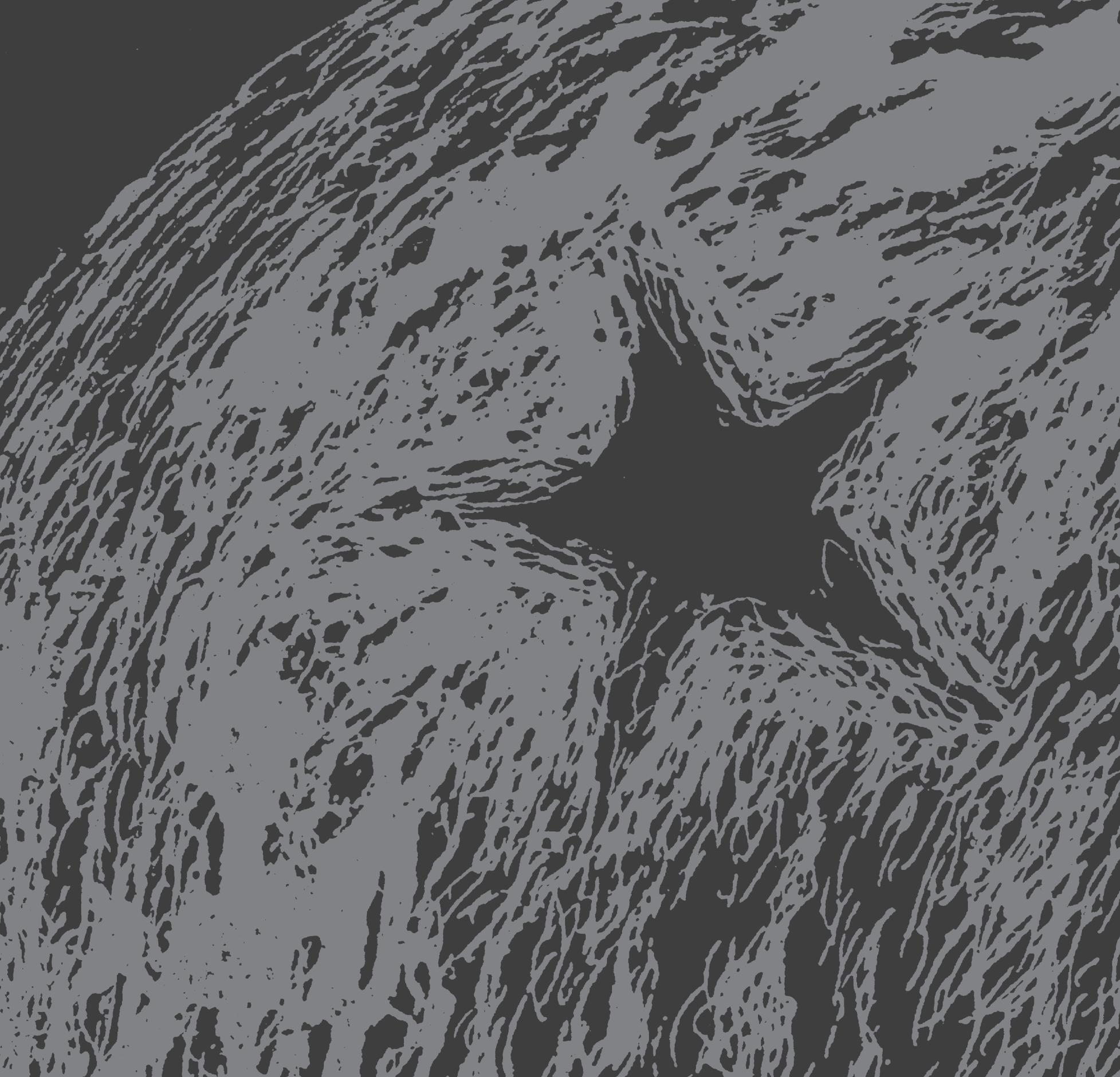
a derecha y a izquierda
desperezar los ojos
y luego descansar, sobre la cumbre,
diciendo: esto fue todo.

XIV

Vienen del cielo a mis ojos,
van de mis ojos al cielo
azules, blancas, doradas...
del color de mis recuerdos.
Se encuentran en el camino

y hacen su ronda de juegos;
se persiguen y se esconden...
¿dónde Sirio? ¿dónde Venus?

La noche gira suave
como una veleta al viento.
El silencio tiene un nombre:
Tu silencio.



Noche de estrellas

I

Aunque te rompas, frágil bóveda, en mil pedazos,
esta noche estrellada
yo tengo que gritar en este bosque inglés
de robles pensativos y altos pinos sonoros.
He de arrancar los árboles a puñados convulsos
he de batir el cielo con mis manos cerradas
y he de llorar a voces este dolor mordido
que brota a borbotones de mi raíz más honda.

Solo, en medio de un pueblo que forja su destino
y rueda sus azares con temple calculado
que trabaja y que juega y el domingo descansa
y toda la semana vigila los confines
con la mirada alerta de un perro de rebaño
que traza sus caminos como quien peina un niño
que devora las negras entrañas de su suelo

con una verde lengua de parques y jardines
que cuida con ternura franciscana sus flores
sus aves y sus peces y esclaviza a la India
solo en medio de un pueblo que duerme en esta noche
yo he de gritar mi llanto.

Aunque el silencio cruja y se despierte el cisne
—que es propiedad del rey— y quiebre aleteando
las aguas impasibles; aunque las aguas corran
a golpear la orilla con sus tiernos nudillos
y el rumor se propague por el bosque curioso
y llegue a levantar la brisa, que dormía
tras la colina curva; aunque la brisa vuele
a sacudir los prados y pulsar las ventanas
aunque el temblor sonoro se extienda a las estrellas
y perturbe un momento su formación tranquila
mientras duerme Inglaterra, yo he de seguir gritando
mi llanto de becerro que ha perdido a su madre.

XVII

Hoy quiero hacer un verso que lleve un vuelo curvo.
Que camine conmigo y dé la vuelta al lago:
así veré tu techo perenne de verdores,
bosque primaveral, y soñará mi frente
una evasión posible por un cielo de hojas:
así veré mi imagen mecida por tus aguas
que fingirán la cuna que han hecho azul los años:
enredaré mis ojos en tus violetas breves,
saludaré de paso al roble enternecido
que ayer cruzó su rama con mi mirada amiga
y al sapo que me huye con infantil torpeza;
el aire que me lleva con alas juveniles
me traerá despacio como un aroma lento:
y volveré a sentarme sobre esta misma piedra
y como el agua inmóvil seguiré hablando solo,
conmigo y con el cielo...

XX

El verso humano pesa.
Yo lo cojo en mis manos
y siento que me dobla las muñecas.
Mi traspiés juega mal con el camino
y mi dolor contigo, oh blanca primavera.

A veces de lo hondo del silencio
que bordean las flores y la brisa
acude el largo grito a mi garganta.
La primavera rápida se esquiva,
se rompe en mil pedazos
el aire de veloz cristalería
y cubre el sol sus desnudados miembros
como una virgen tímida.
Yo quedo sobre un monte de tinieblas
aullando al horizonte de mi vida.

Desde esta primavera luminosa
¿por qué no recordaros,
vosotros que conmigo compartísteis
la lluvia y el espanto?
De vuestra sencillez sabe esta agua,
de vuestra dignidad sabe este árbol.
Acaso vuestros rostros en borrasca
rimaran mal con este culto prado:
pero también su cultivado césped
lo ha sido por las manos.
Hombres de España muerta, hombres muertos de España,
¡venid a hacerles coros a estos pájaros!

Por el aroma roto de un recuerdo

Por el aroma roto de un recuerdo,
como por un incienso mutilado,
brotas de la memoria en que me pierdo,
cristal sin luz, metal acongojado.

Contigo traes el llanto de la encina
y la cinta sin mácula del hielo.
Contigo el ronco viento de la esquina
y el tierno y largo jadear del suelo.

Contigo traes, a tu costado atado,
el mar de ancho pulmón y duro acento,
y a la húmeda sombra del costado
el río soñador y soñoliento.

La brisa que fue ala sollozante,
el cielo que fue verde praderío,
el trabajado lirio de diamante
y la oliva viajera por el río;

el toro inmóvil, la veloz espiga
contigo traes, de mi memoria brotan
y en un dulce atropello sin fatiga
por la corriente de mis hombros flotan.

Dejadme a mí, dejadme a la ventura
andar, llorar sin voz, mirar en vano
hasta caer sobre la tierra oscura
con la frente en el cuenco de mi mano.

Coplillas a un poeta muerto

Combatió con los nombres
—y los redujo a cero.
Y se fue con los hombres,
a fuer de hombre sincero.
Caminó por el río
constelado de hervores
o celeste de frío
con los mismos fervores.
Tuvo un bote, una vela,
una mar, un empeño.
Y este viento que hiela
no le cuajó sus sueños.
Se fue por donde vino
—¡ay Dios, de qué manera!—
con un fuego de vino
quemando su quimera.

Fue tan triste su suerte,
vivió tan solo y viejo,
que ni su propia muerte
acompañó el cortejo.
Y se fue —buen camino,
caminante serrano—
derecho a su destino,
con su vida en la mano.

Versos al mar de Veracruz

Te pareces a mí... Que rías o que rompas
en cólera, es lo mismo.
Eres igual que yo.
Cuando al nacer diste el primer vagido,
como una selva te moviste entero
y desde entonces no has dormido.

¿A dónde vas, oh mar?
Tu reposo intranquilo,
tu resollar feroz,
tu corazón transido,
tu pulmón fatigado, las cansadas
arterias de tus ríos
y ésa tu pobre y trasnochada
voz de cómico antiguo...
¿A dónde vas, oh mar,
por las oscuras leguas de los siglos?

¿Tú no has pensado nunca
que, en vez de una gran voz, eres un gran oído?
¿Que tu aliento no apaga ni la llama
de una flor o un suspiro?

Tu espuma frágil que enamora a nadie,
el pecho que te abrasa el fuego frío,

y tus olas que nunca
llegan a su destino.

¿A dónde vas, oh mar?
Vas a mi mismo sitio,
y como yo te quedas
a mitad de camino.

Te quisiera abrazar, sobre tu orilla
levantado,
apretándote a mi pecho
por sentir tu latir débil de pájaro.

Si hacer versos sirviera
de alguna cosa más
que hablar solo en la noche...
¿Verdad que a ti te duelen
los ojos de los hombres?

Sobre tu piel andando,
sin esquivar tus olas,
sin mancillar tu barro,
indiferente al buque
al pez y al pájaro,
a jornadas de hombre,
a mi destino, a España, a grandes pasos.

Corre a la Patria mía, mar látigo y bandera.
Roan tus costas tus dientes de sal.
Crezca tu empuje, aumente tu carrera.
Tiempo y camino tienes de aquí a allá.

Devora lo accidente,
que las esencias permanecerán.
Golpea sobre España, pecho y frente,
¡y abre sus puertas a la libertad!

Cuando me tiro de noche...

Cuando me tiro de noche
en el ataúd del lecho
que es menos duro que el otro
porque ya sabe mis huesos,
me pongo a mirar arriba
los astros de mis recuerdos.

Aquel que se abrió de pronto
cuando todo era misterio.
El otro que se apagó
antes de sentirse abierto.

A veces grito iracundo:
aquí me falta un lucero,
aquí me sobra una estrella.
¿Quién hizo este firmamento?

Una voz piadosa dice
que no es cielo sino techo.
—Por mi vida, grito yo,
dejadme saber mi sueño.
Donde yo pongo los ojos
todo es cielo—.

Árbol

Yo he conocido a un árbol
que me quería bien.
Jamás supe su nombre,
no se lo pregunté
y él nunca me lo dijo:
cuestión de timidez.
Nunca vio mi silueta,
era ciego al nacer,

por eso a mí me quiso
lo mismo que yo a él.
Le dije muchas cosas
que a nadie más diré,
más que a la vieja estrella
que alguna vez hablé.
Él estaba más cerca
yo palpaba su piel
a él le dolía el tronco
a mí el tronco y la sien.
Un día lo perdí,
qué amor no perderé;
pregunté a sus hermanos
que debieran saber;
a los hombres que saben
nada les pregunté.
Acaso él me buscó
como yo lo busqué,

pero los dos andamos
tan torpes de los pies.
Cosas, terribles cosas,
que hoy quisiera saber.
Nunca me contestó.
¿Sería mudo también?
Como el árbol de Heine
—eso sí que lo sé
movía la cabeza
oyéndome.

Si hemos nacido juntos...

Si hemos nacido juntos, ¿cómo nunca te vi?
Te busqué en el espejo. No me reconocí.
¡Ay, este andar de espaldas por el mismo sendero!
Juntos hemos crecido, nunca te rehuí.

Y hubiese sido tanto mi gozo verdadero
ver que en alguna cosa me parecía a ti.

Él iba solo...

Él iba solo
tambaleándose.

Borracho de amor,
borracho de hambre,
borracho de alcohol,
quién sabe.

Él iba solo
tambaleándose.

Como andaba a su manera...

Como andaba a su manera,
tropezaba; se caía,
rehacía su cuerpo y lo levantaba.
Perdón pedía a la piedra,
y a todas partes llegaba.

Sonero a mi padre

Debiera imaginarte fatigado
y te recuerdo siempre vigoroso,
proa hacia el mar y al viento rencoroso
madre detrás, nosotros su cuidado.

Contra tu firme pecho amurallado
se debatía el tiempo proceloso

y el puntual de tus hombros poderoso
sostenía la tierra lado a lado.

Qué viejito estarás... Sobre mis penas
ver tu figura eternamente erguida
a mi rendido corazón asombra.

Siendo tuya la sangre de mis venas
ay, padre mío, ay sombra de mi vida
¿cómo yo nunca pude darte sombra?

A mi padre

I

¿Por qué no hablamos nunca, largamente,
tú y yo padre, cuando esto era posible,
como dos hombres, como dos amigos
o dos desconocidos que se encuentran

en el camino y echan un cigarro
y se sientan al borde de la vida
mirando pasar la tarde y el camino
y hablan, hablan y callan, pausas de humo,

miradas vagas, las palabras caen
y se quedan flotando en el silencio,
a veces dicen su verdad primera,

el origen, la fuente, y se desnudan,
las palabras desnudas amanecen,
por qué no hablamos nunca, solos, largo?...

II

Debió de ser tu tarde, yo me recuerdo
cómo las tardes de mi pueblo son.
Si le pongo el oído al corazón
la siento levantarse en el recuerdo.

Yo me muerdo mi alma y la remuerdo.
Remordimientos mordimientos son,
me sale por la boca el corazón
y de tu tarde, padre, no me acuerdo.

¿Qué tarde fue que pudo con tu altura
derribó el pedestal de tu estatura
y te deshizo, desasida en ola?

Yo cada vez me siento más cobarde
y mientras sufro por tu muerte sola
me duele el sufrimiento de tu tarde.

Su muerte y él

Fue condenado a muerte.
La muerte acudió, rápida,
guardó distancia justa
y clavó la mirada.
Los dos quedaron solos
con la puerta cerrada.

Aquella noche no durmió... las sombras
con duras púas le asaeteaban
y sus ojos abrían túneles en la sombra.
La muerte lo miraba.
Con el día crecieron los terrores,
llenaron celda y alma
y apenas si quedó sitio para la muerte
que en un rincón miraba y esperaba.

Fuera hervía la vida,
subían y bajaban
ascensores de vértigo
hombres oscuros y mujeres blancas.
Niños, perros, y céspedes
corrían por las plazas.
Restallaban sus músculos los días,
los frutos de las luces estallaban.
Dentro el hombre encogido con su muerte.

Agarró brío y rabia,
abrió los grandes libros, con las uñas
subrayó las palabras,
aullidos de recursos retumbaron
en impasibles, silenciosas salas
días y noches se pisaron colas,
la pluma rasgueaba,
de punta a punta se la oyó en el mundo,

voces de todo el mundo contestaban.
Años duró la espera de la muerte y el hombre,
siglos duró la infamia.

Mentira que la muerte urgiera al paso,
estaba fatigada
y desviaba los ojos
a la puerta cerrada.

Por fin sonó la hora.
Doble suspiro abrió puerta y ventana
y los dos descansaron
de la larga jornada.

Llora la hembra...

Llora la hembra cuando va a alumbrar,
el niño llora porque no comprende,
lloran los viejos porque ya lo saben
y llora Dios por esta pobre gente.

Dulce María, dime...

Dulce María, dime,
¿verdad que te encontraste,
cuando bajabas la colina oscura
retumbaba la tarde,
con la madre de Judas, también muerto,
y os abrazasteis y llorasteis
juntas como dos madres?

El ahorcado y el crucificado...

El ahorcado y el crucificado
se miraron de lejos,
sin rencor, con ternura,
con esa limpidez con que miran los muertos.

Una vez que soñó...

Una vez que soñó,
no con monstruos, con ninfas,
niños, puestas de sol,
manos sobre la frente,
paz, libertad, amor...
a la mitad del sueño
se despertó.

Lleva la cruz al hombro...

Lleva la cruz al hombro,
tres veces no, mil veces caído y levantado;
ya su vida es escombro;
va por la calle ya crucificado.
No pavor, sino asombro,
verlo lo mismo y ya transfigurado.
Nadie lo nombrará, ni yo lo nombro,
ni nadie lo ha nombrado.
No resucitará,
nadie le rezará,
nadie balbuceará por la noche su nombre.
Dejó toda su sangre repartida.
Más que su muerte le duró su vida:
¡no era Dios, era hombre!

Producción y edición: **Mauricio Molina**
Grabación y masterización: **David Bojorges / Omar Martínez Araiza, Estudio 19**
Diseño: **Vicente Rojo Cama / Mariana Gatica Lechuga**
Cuidado de la edición: **Carlos Pineda**

Portada e interiores: Ilustración de **Arturo Souto**

La primera edición VV-38 *Poemas* de Pedro Garfias fue editada
por la Universidad Nacional Autónoma de México, se produjo en SONOPRESS,
una división de BMG Entertainment México, S. A. de C. V., Av. Cuitláhuac 2519,
Col. San Salvador Xochimanca, 02870, México, D.F., y se terminó de imprimir en
Offset Santiago, S. A. de C. V., Av. Río San Joaquín 436, Col. Ampliación Granada,
11520, México, D. F., en abril de 2003. Se tiraron 2 000 ejemplares.